

A David Anisi, *in memoriam*

El economista es un cazador solitario

Vicente Donoso
Universidad Complutense

Ahora que has muerto, supongo que alguien, tal vez muchos, pensarán que ha llegado la hora de los elogios hiperbólicos. Por el contrario, yo pienso que no; yo pienso que no hay nada más inútil y aburrido que la costumbre bienpensante de escribir una necrológica en la que ni el propio difunto sería capaz de reconocerse. Y menos un difunto como tú, indomable en su compromiso y en sus ideas hasta el final. Si esta nota sale mal, será por mi incapacidad y no por el rutinario ejercicio de hacer estética con la muerte, para adular a quien ya no puede oírnos.

Conocí a David en 1991, cuando ambos coincidimos en el empeño de sacar adelante la recién fundada Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Salamanca. La sintonía fue inmediata, y las ocasiones de tratarnos, múltiples, debido a la discusión de los planes de estudio, a la simple convivencia en una Facultad relativamente pequeña y al gusto de charlar con alguien con quien rimaba en el 90% de la concepción de la existencia. Por supuesto, temas habituales de conversación eran los académicos, referidos en particular al funcionamiento de la Facultad y al contenido de los planes de estudio. Pero, con igual o mayor frecuencia –sobre todo al final de la tarde, cuando salíamos por el cálido centro histórico, abundante de universitarios y alumnos nuestros–, hablábamos, literalmente, de todo lo divino y lo humano. De lo divino, porque David era una persona profundamente religiosa, u orteguianamente «religada», que en su caso, quería decir exactamente lo opuesto a un hombre de iglesia, que no lo era en absoluto, ni lo podía ser, dado su rocoso individualismo de raíz luterana. Y de lo humano, porque le interesaba casi todo, desde la teoría del caos y la obra de Ilya Prigogine, que por entonces ambos leíamos, hasta los pueblos y paisajes que rodean Salamanca. En estas correrías, generosas sobre todo en el consumo de palabras, nuestro compañero inseparable era Ricardo Robledo, profesor de historia económica. De modo que yo hacía entre mis amigos el chiste fácil de que me pasaba los anocheceres en compañía de David Ricardo, que para un economista es lo mismo que decir a la vera de dios padre.

Ya he insinuado antes uno de los aspectos humanos más característicos, quizá más discutibles y, desde luego, más discutidos, de la personalidad de David: la contradicción, no resuelta, entre su gran capacidad para la tertulia (a condición de que fuera de muy, muy pocos miembros) y su inquebrantable fidelidad al aislamiento, en un reducto infranqueable de privacidad, cuando el contacto con el mundo y con la gente se le hacía excesivo. En este sentido, era una postura prehegeliana, por así decirlo, donde no existe

la síntesis, sino que la contradicción permanece con el dominio ahora de uno de los polos, ahora del otro. Así era en David. Y no por veleidad de carácter, sino por imposibilidad de conciliar ambas facetas o de elegir permanentemente una de ellas. Seguramente por eso, las opiniones sobre su trato personal tendrán una gran varianza, dependiendo de los interlocutores e incluso de los tiempos.

En cuanto al David economista, yo empezaría destacando su gran capacidad como docente. Le gustaba la enseñanza y era un excelente profesor, exigente y poco abierto a los chanchullos y componendas. A pesar de ello, o precisamente por ello, los alumnos lo querían, y más de uno y más de dos se propusieron seguir, a su ejemplo, la carrera académica. Pero, y aquí aparece de nuevo el cazador solitario, David nunca buscó, ni toleró, tener discípulos. Los buenos de nuestros años de Salamanca, algunos hoy profesores, fueron poco menos que obligados por él a levantar el vuelo hacia otras latitudes en busca de mejor formación y mayores oportunidades académicas.

En cuanto a su actividad investigadora, David tenía unos pocos ejes muy claros: uno primero se centró en las distintas corrientes y modelos de interpretación de la macro. En este campo debemos destacar el importante libro, con diversas ediciones, que en su versión más reciente lleva por título: *Modelos económicos: una interpretación de la macroeconomía*; una obra a la vez didáctica y rigurosa, dos de las cualidades más patentes del David economista. Pero también destaca por su carácter innovador: en la versión de 1984 ya incorporaba modelos de oferta y demanda agregada –creo que por primera vez en la literatura en español–, y, en la de 1988, incluía la novedad pedagógica de dos disquetes interactivos, que permitían al alumno realizar simulaciones bajo diversos supuestos, con cada uno de los modelos fundamentales.

Una segunda línea se refiere al estado de bienestar, con particular incidencia en las cuestiones distributivas y de mercado de trabajo. Aparte de sus artículos más técnicos en revistas como *Cuadernos de Economía*, o en libros colectivos, hay que destacar dos obras con buena acogida en medios universitarios y no universitarios: *Trabajar con red*, ya por la tercera edición, un análisis de las crisis de los años setenta y comienzos de los ochenta del siglo XX, con particular énfasis en los problemas del mercado de trabajo, y *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, donde se interpretan las crisis desde el punto de vista de su carácter disciplinante de los trabajadores.

Una tercera línea se centra en la variable del poder como elemento configurador de la realidad económica, según se analiza en su libro *Jerarquía, mercado, valores: una reflexión económica sobre el poder*, donde aparecen los temas centrales del neoinstitucionalismo, pero puestos en una dimensión socioeconómica y política menos neutra, más implicada en el funcionamiento real de las economías.

Finalmente, otra línea gira en torno a cuestiones fundamentales de concepción y método en la economía, donde no podemos dejar de mencionar la lección magistral en la inauguración del curso Académico de 2006-2007, quizá la culminación de su carrera universitaria, que dedicó precisamente a este asunto: *Economía: la pretensión de una ciencia*. Y, a pesar de su fuerte contenido relacionado con el mercado de trabajo, yo situaría también en esta línea el que es quizá (pienso que él compartiría este juicio) el li-

bro más técnico y difícil de David: *Tiempo y técnica*, donde a través del análisis del trabajo intra y extra mercado, de las formas de consumo, de la importancia del tiempo en todo ello y su relación con la técnica, se intenta construir un marco analítico para explicar el cambio tecnológico.

Pero, además de una apreciable obra académica, David Anisi, como saben sus amigos, era una persona que buscaba la divulgación y además tenía notables dotes para ella. Ahí quedan los artículos en revistas y libros más cercanos a las preocupaciones de trabajadores y sindicatos que a los de la academia, aunque con una peculiaridad: el lector advertirá que siempre son de buen nivel intelectual; es decir, que divulgación no era sinónimo de chapuza, sino de facilitación de la comprensión. Y, por último, sus *Cuentos económicos*, donde se adaptan a los problemas de la economía cuentos de alcance universal, como aquel inolvidable, que él tituló *El traje nuevo del emperador*, en el que dos eminentes catedráticos, venidos de allende los mares desde la reputada Universidad de Chinchánflún, explican al monarca del País Maravilloso las razones del elevado desempleo en su Reino, según las nuevas teorías.

Mi impresión personal es que *Tiempo y técnica* (1987) marca el punto culminante de la obra académica de David, y es donde mejor se intuye su gran inteligencia, su creatividad y su preparación. Si, sobre todo en los últimos años, David no estuvo en el centro de los cenáculos de teoría económica, aunque no ahorró participación en seminarios y congresos, se debió a una opción consciente por cultivar unos temas y con un enfoque que le parecían más útiles para la sociedad. Pero quienes lo conocimos, sabemos que su discrepancia con algunas de las tendencias actuales de la teoría no era, ni mucho menos, si no quizá todo lo contrario, sinónimo de una heterodoxia vacua o de una docencia «crítica» que él consideró siempre una chapuza. La mejor prueba de ello era la admiración que sentía por economistas como Milton Friedman, situados en los antípodas de su ideología, pero remando en el mismo barco para hacer de la economía un instrumento riguroso y útil.

Mas, como decía al principio, no convirtamos una nota de óbito en un panegírico hiperbólico. David no lo necesita: su vida y su obra se alaban y defienden por sí mismas.

Quisiera concluir con la siguiente idea: en pocos colegas y amigos me ha resultado tan evidente como en el caso de David, que es imposible separar al economista del hombre que fue. En mi opinión, jamás pudo, quizá ni quiso, resolver la contradicción entre su gran capacidad de comunicación humana y la fuerza que lo arrastraba a su radical independencia. Tal vez por eso, prefirió escribir siempre en solitario, a su modo y sobre sus temas. Con dos o tres excepciones, no centrales en su producción, el resto de su obra, mucha en libros de varios autores, está firmada sólo por él, fiel a su enfoque y a su manera de hacer y entender la Economía –para la que tenía grandes dotes–, aunque ello le supusiera, de hecho le supuso, ir alejándose del núcleo «duro» de la teoría económica actual. Creo que él lamentó esto, pero al igual que en su opción de vida personal, aguantó a pie firme las consecuencias, con tal de no hipotecar sus convicciones.

Ningún vivo, ni difunto, gusta a todos; es imposible y constituye una mentira de los elogios a pie de tumba. David no puede ser una excepción. Seguramente se equivocó en

diversas ocasiones al actuar en la universidad, y seguramente, dado su carácter berroqueño, no tuvo acierto en el trato con algunos colegas, para ceñirnos solamente al ámbito profesional. Todo eso debemos darlo por supuesto en la vida de cualquiera de nosotros. En cambio, lo que no se puede dar por supuesto, porque no está al alcance de cualquiera, es que bastantes de quienes lo tratamos y conocimos podamos decir que le contamos entre el reducidísimo grupo de personas que mayor influjo ha tenido en nuestras vidas. Quizá esto es el privilegio de los hombres grandes: que mientras los que aparentan serlo se han ido de la vida dejándonos por aburrida herencia el tostador o el reloj de cuco, los que de verdad lo son, nos han legado el gozo de la *Gioconda* o el *David*. Poner a cada cual en su sitio es el privilegio de la Historia.

Hasta siempre, David.